

COMISIÓN MIXTA DE DIÁLOGO ENTRE LA IGLESIA CATÓLICA
Y EL CONSEJO METODISTA MUNDIAL

LA PALABRA DE VIDA

Declaración sobre la Revelación y la Fe
(1995)

PREFACIO

En cada país del mundo, hombres y mujeres, viejos y jóvenes se encuentran dando culto en iglesias, catedrales, capillas y grupos domésticos, confesando en una gran variedad de culturas y en diversidad de lenguas que «Jesucristo es el Señor». Han descubierto que el Redentor del mundo es su propio Salvador y su compromiso con Cristo da significado y finalidad a sus vidas.

En Asia y Africa el número de cristianos se ha doblado en los últimos años al fructificar las semillas sembradas en los primeros tiempos. Evangelizadores indígenas han asumi-

Original inglés *The Word of Life. A Statement on Revelation and Faith* (1995), publicado por el órgano del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos (PCPUC): *Information Service* 92 (1996-III). Trad. española con la autorización del PCPUC (Ciudad del Vaticano) por la *Prof. Rosa María Herrera García* (U. P. Salamanca). Revisión y control teológico por el *Prof. A. González Montes* (U. P. Salamanca). Prohibida la reproducción sin permiso.

do la responsabilidad en la creación y animación de las nuevas comunidades eclesiales. Han surgido también nuevas comunidades eclesiales en lugares que algunos pensaron que se moverían hacia una era «postcristiana». En países de Europa oriental, los creyentes han vivido su fe con tenacidad frente al ateísmo y la opresión y aportan ahora un testimonio dinámico para que el camino de la fe siga sobreviviendo a todas las fuerzas que pretenden destruirlo. Han aparecido nuevos signos de vida en los países occidentales en los que los cristianos confiesan su fe como alternativa meditada a los valores materialistas predominantes y al florecimiento total del secularismo que se manifiesta como una tendencia inevitable en el mundo moderno.

Católicos y Metodistas participan en esta asombrosa persistencia y explosivo crecimiento de la presencia y el testimonio cristianos en el mundo. Ya sea en una parroquia católica en el Zaire o en una congregación urbana metodista en Corea, bien en una predicación de la Palabra o en una celebración de la Cena, resuena la aclamación común: «Cristo ha muerto, Cristo ha resucitado, Cristo vendrá de nuevo». La oración surge como testimonio evangélico y servicio preocupado cuando Metodistas y Católicos creyentes se dispersan para dar testimonio del Señor entre sus vecinos.

El corazón de la fe es común a Católicos y Metodistas, pero, aun cuando a veces participan en común en la oración y el testimonio, a menudo avanzan sobre sus propias líneas más o menos paralelas. La situación actual cuestiona la separación que hemos heredado y nos impulsa a trabajar por nuestra eventual comunión plena en Cristo. El trabajo realizado por esta Comisión hasta ahora ha ido dirigido hacia este fin. Nuestro documento anterior, *La Tradición apostólica*, estudió la fuente de nuestra fe y el medio por el cual nos ha sido comunicada.

La Palabra de Dios, revelándonos a Dios, y el Espíritu de Dios, permitiéndonos conocer a Dios, nos han llevado ahora a estudiar más detenidamente los modos en que Dios se da a sí mismo y la respuesta que nosotros damos. La revelación de Dios se presenta a nuestra recepción como la *Palabra de Vida* que tiene que ser confesada, propagada y celebrada. Cuanto más podamos hacerlo en común más estaremos en armonía con el Evangelio de la reconciliación y más creíble será nuestro testimonio para gloria de Dios, Padre, Hijo y

Espíritu Santo. Por tanto buscamos la comunión plena en la fe, misión y vida sacramental. Esta Relación se ofrece como una contribución a la realización del acuerdo doctrinal necesario para este fin.

Copresidentes

Obispo JAMES W. MALONE
Iglesia Católica

Dr. GEOFFREY WAINWRIGHT
Consejo Metodista Mundial

A 15 de Noviembre de 1995

INTRODUCCIÓN

1. En la búsqueda permanente del acuerdo doctrinal necesario para la comunión plena entre Católicos y Metodistas, la Comisión Mixta se ocupa ahora de lo que ha sido comúnmente llamado, en términos teológicos, «revelación» y «fe». Buscamos vías comúnmente aceptables de exposición de la autorrevelación y autodonación del Dios Trino, centrada en Jesucristo, la Palabra hecha carne, y llevada a término en las sucesivas generaciones de creyentes por el Espíritu Santo, derramado en Pentecostés. Pretendemos dar cuenta común de cómo hombres, mujeres y niños abiertos a la presencia gratuita de Dios, son capaces de comprometerse en cuerpo y alma, corazón y mente, y voluntad con su Hacedor y Redentor, y en comunión con él renovarse a imagen de Dios y la respuesta humana a ésta, constituye la sustancia de la fe, misión y vida sacramental de la Iglesia; y cuanto más unánimes podamos dar cuenta de ellas, más estrechamente podremos acercarnos unos a otros en nuestra comprensión y práctica y por tanto estaremos más preparados para la comunión plena entre nosotros.

2. Pretendiendo colocar su trabajo a la luz de la Palabra de Dios, la Comisión escuchó de nuevo las palabras con las que comienza la primera carta de san Juan:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el

Padre y que se nos manifestó lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también nosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 1-3).

Este texto sagrado comienza desde la particularidad de la autorrevelación del Dios de Israel en Cristo: el Verbo divino que estaba en el principio con Dios y ha guiado la historia del pueblo elegido, se ha hecho carne en Jesús. Esta absoluta autodonación de Dios es una palabra de vida para la humanidad: Dios ha amado tanto al mundo que le ha entregado a su único Hijo, de modo que el que crea en él no perecerá sino que tenga vida eterna. En Cristo, en sus palabras, en sus acciones, en toda su existencia, Dios se ha revelado de forma audible, visible, palpable: Dios ha sido percibido por oídos, ojos y manos humanas. Lo que los primeros creyentes han tocado, lo han testimoniado y transmitido difundiendo el mensaje del ofrecimiento de una vida compartida con Dios. Los modos del anuncio han de reflejar, han de repetir y transmitir adecuadamente lo que ha sido visto, oído y tocado en la manifestación encarnada de Dios en Jesucristo. Aceptadas en la fe, las palabras, signos y acciones del Evangelio se convierten en medios de comunión con el único Dios verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo. La vida divina en la que el Espíritu introduce a los creyentes será una vida común, si cada uno transmite y recibe lo que es siempre don de Dios.

3. En este pasaje de la Escritura encontramos ya indicados todos los temas principales de las deliberaciones e informes de la Comisión: el don de la revelación del Dios Trino; la respuesta humana de fe; la proclamación como mensaje misionero de lo que ha sido recibido en la fe; palabra y sacramento como medios inteligibles y tangibles de gracia, de comunión con el Dios Trino como verdadera vida de la Iglesia, comunidad de creyentes que en el nombre de Dios ofrece al mundo la salvación que la mismal Iglesia anticipa ya con gozo.

4. La revelación del Dios Trino es la fuente de la fe de la Iglesia, la misión de la Iglesia y la vida sacramental de la Iglesia. Estos son los tres ingredientes esenciales de la plena comunión, que nuestra Comisión ha declarado ser la meta final de nuestro diálogo (cf. *Hacia una declaración sobre la Iglesia*, n. 20; *La Tradición apostólica*, n. 94). Revelación, fe y vida sacramental han sido brevemente descritas antes. El

cuerpo principal de la Relación las observará con más detalle, subrayará sus conexiones y ofrecerá finalmente una visión de nuestra meta, de comunión plena.

5. La revelación es la automanifestación de Dios a las criaturas humanas. Habiendo dejado ya una marca divina en todo lo que hizo, Dios inició una automanifestación más directa al dirigir la palabra a Abrahán, al que llamó a la tierra que sus descendientes habrían de habitar. El Creador fue conocido como el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob. Abrahán y Sara, que habían recibido la promesa de Dios, han sido considerado como modelos para todos los creyentes. Al dar la ley por medio de Moisés y guiar al pueblo elegido por medio de jueces, reyes y profetas, Dios se dio a conocer al pueblo de Israel de un modo único entre todas las naciones. Y este conocimiento de Dios, y de nuestra condición humana ante él, ha sido comunicado a las épocas posteriores por las Escrituras del Antiguo Testamento.

6. En medio de este pueblo elegido, en el momento oportuno, Dios envió la Palabra divina que se encarnó en la Virgen María como Jesús, el Cristo, el Redentor y Mediador, en el que se ha encarnado plenamente la revelación divina. La primera respuesta a esta revelación en Cristo está formulada en las Escrituras del Nuevo Testamento que son por tanto normativas para todas las épocas posteriores.

7. Las Escrituras dan testimonio de que por el Espíritu de Dios los seres humanos ven a Dios manifestarse en la historia. Así su respuesta a la revelación es más que una mera reacción a acontecimientos extraordinarios: es «fe» que es un reconocimiento que implica el compromiso personal total, cuerpo y alma, corazón y mente, con la automanifestación divina del Único a quien Jesús llamó «Abba, Padre»; del Verbo, cuya presencia y acción es percibida en las palabras y acciones de Jesucristo; y del Espíritu, que capacita y sostiene a todos los que creen.

8. Revelación y fe son así acontecimientos y momentos correlativos. Lo que Dios revela por medio de Jesús se aprehende en fe mediante el poder del Espíritu Santo. Mientras esta fe era, en el Antiguo Testamento, una respuesta inspirada al Dios conocido como el Creador y Legislador que habló también por los profetas, en el Nuevo Testamento es modelada por la conciencia fundamental de la trinidad de Dios que ha sido preservada y sigue siendo experimentada en la

comunidad cristiana. Este testimonio de la fe trinitaria se ha mantenido por la tradición apostólica. Ha sido preservada en generaciones sucesivas por el bautismo en el triple nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo», formulada en los credos tradicionales y reflexionada en las decisiones y exhortaciones de los grandes concilios de la Iglesia. Católicos y Metodistas están plenamente de acuerdo en esta dimensión cristológica y trinitaria de la revelación y de la fe.

9. La revelación de Dios pretende producir la comunión entre el género humano y Dios. La respuesta fiel al don de Dios de sí mismo es fundamentalmente la de una aceptación agradecida y una entrega amorosa. Todos los que han acogido la revelación del Padre, Hijo y Espíritu Santo se sienten obligados a celebrar juntos las obras maravillosas de Dios y a proclamarlas en misión al mundo:

- Los cristianos deben estar siempre preparados para dar cuenta de la esperanza que comparten (cf. 1 Pe 3, 15) y tienen que profesar públicamente su fe. Unidos con Cristo mediante el bautismo y la Cena del Señor, están llamados a hacer suya la fe de toda la comunidad de creyentes. Domingo tras domingo, Metodistas y Católicos realizan las mismas afirmaciones fundamentales de fe durante el culto y esta realización les impulsa a trabajar hacia la *unidad de fe* en todos los aspectos de la vida cristiana.
- Desde el día de Pentecostés, los creyentes han salido en el poder del Espíritu a hacer partícipes de lo que ellos han visto y oído y transmitido. Se han hecho conscientes de que el don que han recibido no es sólo para ellos, que Cristo por medio de su Espíritu les encomendó hacer discípulos de todas las naciones. La fe se derrama en la misión. Católicos y Metodistas reconocen que tienen que superar todo lo que les impide dar un *testimonio común* del Dios único revelado en Jesucristo.
- La comunidad que profesa su fe y se extiende en misión al mundo experimenta la realidad de la promesa de Cristo «yo estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos» (Mt 28, 20). Su vida común, sobre todo, el culto, manifiesta esta gracia de Dios. En la oración, la predicación y los ritos sacramentales esta vida es alimentada en la comunión con Dios y ofrece una invitación a la humani-

dad a aceptar la salvación ofrecida en Jesucristo. Aquí, también, el Espíritu nos desafía a estar reconciliados en *una única mesa*, en una unidad de culto y oración para que el mundo pueda creer.

10. Por el bautismo y la fe en Cristo que significa, Católicos y Metodistas gozan ya de una cierta medida de comunión eclesial. El propósito de diálogo entre nosotros es acrecentar y profundizar en nuestra relación hasta que logremos el acuerdo suficiente en la verdad cristiana, para que nuestro bautismo común pueda, sin equivocación, completarse en nuestra participación mutua en el Banquete al que el Señor nos invita a nosotros y a todos sus seguidores. La unidad que buscamos promover no es sólo para nuestro propio gozo sino para dar un testimonio creíble de la reconciliación que Dios en Cristo ha logrado para el mundo y por tanto entre el género humano. Nuestra unidad nos permite «que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Rom 15, 6) anticipando del día en que toda rodilla y toda lengua confiese que «Jesús es Señor», para gloria de Dios Padre (cf. Fil 2, 10). Católicos y Metodistas estamos inspirados y sostenidos por una visión del momento culminante cuando «habrá una profunda, íntima, ininterrumpida unión con Dios, una constante comunión con el Padre y su hijo Jesucristo por medio del Espíritu, un continuo gozo del Dios Trino y de todas las criaturas en él» (John Wesley, *Sermon 64, The New Creation*, 1785).

SECCIÓN PRIMERA: REVELACIÓN

I. AUTODONACIÓN DE DIOS

11. «¿Pretendes alcanzar las honduras de Dios?» (Job 11, 7). La respuesta bíblica es clara: Dios no puede ser hallado mediante nuestros esfuerzos por buscarlo. El misterio de su ser no puede ser penetrado sólo por el esfuerzo humano. Sin duda, aunque los seres humanos han sido hechos a imagen de Dios están ciegos a la luz de este misterio en el orden de las cosas creadas. Nuestro conocimiento de Dios es ente-

ramente dependiente de la elección libre y gratuita del Creador de darse a conocer que ha seguido actuando en la prosecución de su plan saludable para nosotros.

12. Llamamos a esta autocomunicación de Dios «revelación», a causa de los cuadros bíblicos recurrentes del Único que está ocultamente actuando para revelarse a Sí mismo, dirigiendo al mismo tiempo al pueblo en la dirección correcta y abriendo sus ojos de modo que puedan verdaderamente verlo. Aun en esta autocomunicación no todo fue revelado. Incluso Jacob, que peleó con Dios, lo vio cara a cara y vivió, mereciendo por ello el nuevo nombre de «Israel»? (cf. Gn 32, 30) murió sin conocer a Dios en su plenitud: el nombre de Dios estaba oculto: «Me aparecí a Abrahán, a Isaac y a Jacob como El Saddy», recuerda Moisés, «pero mi nombre de Yahveh no se lo di a conocer» (Ex 6, 3).

13. El cambio del nombre de Jacob por Israel, y antes de él el de Abrán por Abrahán, nos recuerda que cuando se conoce a Dios o se ve por la revelación se obtiene algo más que información. En el pensamiento bíblico un nombre es más que una etiqueta, lleva consigo realmente el ser y el carácter del único así nombrado. Por eso, con el conocimiento de Dios en su revelación viene una nueva relación, una nueva posibilidad, incluso, con palabras de Pablo «una nueva creación» (2 Cor 5, 17). Cuando Simón reconoce a Jesús como el Hijo del Dios vivo se convierte en Pedro sobre el que debe edificarse la Iglesia. Cuando la luz de la revelación sale al paso de Saulo en el camino de Damasco, se convierte en Pablo, el apóstol de los gentiles. Los asumen la revelación de Dios en Jesucristo son conformados a su imagen y reciben su nombre.

II. LA REVELACIÓN DE DIOS EN LA HISTORIA

A. *La historia de la salvación*

14. Que Dios se revela a sí mismo en la historia es un tema central en la predicación y la enseñanza de la Iglesia, referido a los acontecimientos con los que hizo de Israel un pueblo por medio del cual serían benditas todas las naciones. Algunos acontecimientos han sido especialmente acentuados, tales como la llamada de Abrahán, el Exodo y los acontecimientos del Sinaí, el asentamiento en la Tierra Prometida, la

vuelta de la cautividad de Babilonia. Han sido vistos como manifestaciones paradigmáticas de Dios como creador, redentor, sostén y liberador.

15. No obstante, es importante subrayar dos cosas:

Primero, que estos sucesos por sí mismos no equivalen necesariamente a la revelación. No estaba siempre claro en cada momento quién era este Dios que se autorrevelaba, o si los acontecimientos implicaban el modo en que los participantes tenían que responder. ¿Reconocieron los egipcios la mano de Dios en el Exodo? «¿Está el Señor entre nosotros o no?» preguntó el pueblo a Moisés en el desierto (Ex 17, 7). ¿Cómo pueden cantar el cántico del Señor en la extranjera Babilonia? Así a lo largo de los acontecimientos necesitaron la palabra interpretadora; a veces directamente de Dios, más a menudo por medio de los profetas, y especialmente en la Torá, con los mandamientos de Dios que revelan su voluntad.

Segundo, la historia en la que Dios se reveló no se limita a estos acontecimientos especiales. Dios está presente en toda la historia: para Israel como juez aun cuando parece que los ha abandonado; Señor sobre todas las naciones aun cuando no lo reconozcan, reflejado en la creación aun cuando no lo perciban claramente; representado en sus criaturas humanas aun cuando éstas han distorsionado esta imagen.

16. La revelación tiene, entonces, esta relación comprensiva con la historia: para los que tienen ojos para ver y corazón para comprender, el destino de todos los individuos y naciones está en manos del Dios Creador y llegará a la plenitud cuando llegue su Día, inesperado aunque pueda haber, como nos recuerda Amós (cf. 5, 18), plazos para este día.

B. *Jesucristo, el acontecimiento decisivo de Revelación*

17. Los escritores del Nuevo Testamento afirman, de modos diferentes, que la autorrevelación de Dios en la historia alcanza su clímax en Jesucristo. En su vida, muerte y resurrección se revela Dios de forma única. Jesús no hace más que anunciar y apuntar al reino que viene; en sus obras poderosas y vida de obediencia amorosa al Padre, el reino está ya presente (Lucas). Como proclamador de la palabra es más que el último en una larga línea de profetas, más que el Profeta que viene a anunciar los últimos días; trae consigo la

palabra de Dios por ser su encarnación (Juan). Es mayor que sacerdotes y ángeles, mayor también que los profetas; él es el Hijo eterno por medio del cual ha sido fundado el mundo y aquel a quien ahora están sometidas todas las cosas (Hebreos).

18. Haciéndose eco del mismo tema, Pablo sigue la imagen de «descubrir lo que estaba oculto». En Jesús se desvela el misterio anteriormente oculto del plan de Dios de que todas las naciones puedan ser llevadas a la obediencia (cf. Rom 16, 25). Y Jesús hace algo más que anunciar simplemente esta intención; revela el plan justo de Dios llevándolo a su cumplimiento, muriendo para que los impíos puedan ser reconciliados con Dios (cf. Rom 5, 7-8) y para que pueda comenzar el reordenamiento de todo el cosmos (cf. Col 1, 18-20).

C. *Revelación como palabra y acción*

19. Es bastante obvio que sólo por estos primeros testimonios de Jesús podemos conocerlo como la autorrevelación de Dios. Dependemos de los que llegaron a la fe en él en aquel tiempo y difundieron la palabra sobre él; de los que más tarde escribieron sus relatos, y no precisamente sobre lo sucedido, sino sobre su sentido y significación; y de los que en la comunidad de fe desde entonces hasta ahora son intérpretes fieles y vivos de la tradición.

20. Significativamente este vínculo entre acontecimiento y palabra interpretativa se remonta a las acciones y palabras de Jesús. Leyendo los evangelios, vemos que sus palabras y sus poderosas acciones dieron testimonio del propio Jesús, invitando al pueblo a reconocer en él el poder y la autoridad de Dios.

21. Así, por ejemplo, las enseñanzas éticas de Jesús sobre el asesinato y el adulterio no llaman precisamente a la renuncia a la cólera y a la lujuria, sino a una decisión sobre quién es éste que reclama autoridad para ir más allá de las anteriores autoridades, y de ahí la decisión sobre si Jesús tiene que ser aceptado como el auténtico revelador de Dios. De la misma manera los milagros de curación de Jesús dan testimonio de él al exigir la fe, no por lo que en ellos sucede sino porque por su medio ha de ser reconocido como quien ejerce el poder y la autoridad que procede sólo de Dios. Junto con los hechos va, por tanto, la palabra interpretativa. La expulsión del demonio, por ejemplo, está vinculada a la auto-

ridad de Jesús como maestro (cf. Mc 1, 21-28); la curación del paralítico va unida a su palabra autorizada de perdón (cf. Mc 2, 1-112); la implicación de su curación en sábado queda aclarada por su palabra: «El Hijo del hombre es señor del sábado» (Mc 2, 28). Juan aclara que la revelación acontece en la unidad de hechos y palabras: la alimentación de la multitud va con «Yo soy el pan de vida» (Jn 6); la curación del ciego con «Yo soy la luz del mundo» (Jn 9); la resurrección de Lázaro con «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11). Así las palabras y las acciones de Jesús obtienen igualmente su significado pleno de su fuente y poder en Dios.

22. El plan de Dios era darse a conocer por medio de los que vienen a la fe en Jesús. De la misma manera que la comunidad creyente proclamó el Evangelio del Dios de amor revelado en Jesús, el Cristo, y manifestó los dones del Espíritu en sus vidas, también otros pueblos llegan a creer en Jesús, a conocer su presencia resucitada y a seguir su camino. Esta revelación no viene simplemente por medio de palabras, sino también por lo que los creyentes han llegado a ser mediante su llamada por Jesús y su autorización por el Espíritu Santo. «La luz que irradió el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo», que llegó a Pablo y a los otros, brilla ahora *a través* de ellos, aunque son vasijas de barro, para que pueda conocerse el poder trascendente y para que «la vida de Jesús se manifieste» (2 Cor 4, 5-10; cf. 1 Tes 1, 5).

23. Así sucede en la vida corriente de la Iglesia. Cuando existe un testimonio fiel de Jesucristo, la gente escucha la Palabra de Dios por medio de las palabras de testimonio y conocen el Dios de amor por medio de las acciones de amor. Todos los fieles están llamados a dar este testimonio de palabra y obra, pero no aislados unos de otros. Ser «en Cristo» es ya pertenecer no sólo a él sino también a toda la compañía de creyentes que vive por su gracia. Desde el principio de su ministerio Jesús llamó a los demás a estar con él en orden a encarnar el plan amoroso de Dios para el mundo. Así Pablo, después de la resurrección, pudo llamar a la Iglesia el cuerpo de Cristo y la comunidad del Espíritu Santo.

III. REVELACIÓN DE DIOS: PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO

24. Desde el principio los discípulos de Jesús reconocieron que no se podría dar cuenta de su vida y obra en tér-

minos meramente humanos. Surgieron así las preguntas: ¿Cuál era su relación con el Hacedor del cielo y de la tierra? ¿Y con el Espíritu que se movía sobre las aguas en la creación y que inspiró las palabras y acciones de los profetas? Totalmente relacionadas con estas preguntas sobre su persona surgieron otras sobre su obra: ¿Qué hizo? ¿Cómo son su muerte y resurrección obra de Dios para nuestra salvación?

25. El testimonio bíblico ha llevado a la Iglesia a la convicción de que el Padre y el Hijo y el Espíritu se dieron a sí mismos para la redención de todos nosotros. Sobre la cruz Jesús sufrió y murió pidiendo la compasión del Padre, como su hijo soportó la totalidad de la alienación humana en orden a redimirla. Como vemos la relación de Jesús con el único que él llamó Padre en el momento más difícil cercano a su muerte, así su relación con el Espíritu es claramente vista en su testimonio para su vida. Fue por el Espíritu como fue concebido, ungido en el bautismo por su vocación como Hijo y llevado al desierto a enfrentar caminos alternativos, llamado por el Tentador, al de ser Hijo. En el Espíritu enseñó, por el Espíritu curó y reveló la presencia del Reino; con el Espíritu dotó a sus seguidores para su ministerio en su nombre.

26. Este testimonio de la vida de Jesús como parte de la historia del Padre, Hijo, y Espíritu Santo, es confirmado por la resurrección. Pues la resurrección da testimonio tanto de la victoria del Padre que resucitó a Jesús de las tinieblas y la muerte, como del poder del Espíritu que conforma a los creyentes a la imagen de Cristo. Viviendo en la presencia del Señor resucitado, conocemos por la fe el poder transformador del Espíritu Santo y somos capaces de vivir como hijos agradecidos del Padre. Así la Iglesia da gloria al único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

SECCIÓN SEGUNDA: FE

27. La revelación de Dios es recibida por la fe que ella suscita; y el *acto* de fe es tradicionalmente definido como «la fe por la que creemos» (*fides qua creditur*). Por consiguiente la fe del creyente va dirigida a Dios, la historia de su revelación, sus resultados y su compleción esperada; y el *contenido* de la fe es definido como «la fe que es creída» (*fides quae creditur*). Como respuesta viva al Dios vivo, la fe *crece y produce*

frutos, siendo probada su autenticidad en un proceso de discernimiento. Estas son tres facetas de la fe tratadas a continuación: la fe por la que creemos; la fe que es creída y los frutos de la fe.

I. LA FE POR LA QUE CREEMOS

28. El Evangelio invita a todos los seres humanos a unirse a los primeros discípulos en el recibimiento de la revelación de Dios en Jesucristo. Esta revelación es recibida en una situación de pecado. Toda la humanidad está por tanto infectada por el repliegue sobre uno mismo, la dependencia de uno mismo y la búsqueda de falsos dioses de modo que, frente a la santidad total de Jesús, la humanidad es vista como habiendo pecado en Adán. Esta condición pecadora fundamental se experimenta de muchos modos, y especialmente en la inseguridad y angustia que acarrearán una permanente incapacidad para hacer el bien y la elección recurrente de lo que es malo. En medio de esta condición pecadora, Jesús viene como el único Salvador, la revelación de Dios adquiere la dimensión de redención y la fe es ofrecida por el Espíritu como fe salvadora, por la cual los que creen el Evangelio reciben el perdón, la justificación, la santificación y todas las gracias necesarias para perseverar en los caminos de Dios.

29. Los creyentes individuales profesan su fe salvadora como miembros de una comunidad, la comunidad de aquéllos que como María en la Anunciación (cf. Lc 1, 38), han dado su consentimiento al designio de Dios para su vida y aquéllos que como Pedro han confesado que Jesús es «el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16). La Iglesia, comunidad de salvación reúne en sí misma a todos los que efectivamente han sido llamados «de las tinieblas a la luz admirable de Dios» (1 Pe 2, 9). Compartiendo la palabra y participando en los sacramentos de la fe, los miembros de la Iglesia experimentan la mano sanadora de Cristo cuando luchan con los importantes obstáculos que la Escritura designa como el mundo, la carne y el demonio (cf. 1 Jn 2, 13-16); y han recibido ya la primicia de la victoria de Cristo sobre la muerte (cf. Hb 6, 4-5).

30. No es mediante el poder humano como los creyentes perciben la palabra a ellos dirigida por medio de Cristo.

la creen y llegan a la salvación (cf. Mt 16, 17). La fe es un don de Dios que ellos aceptan. Encontrando en Jesús «el que inicia y consuma la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz» (Hb 12, 2), los creyentes experimentan la conversión, aprenden la fidelidad y dan testimonio del Único en el que confían. Se esfuerzan en practicar una obediencia amorosa y voluntaria. Porque creen en Cristo, le obedecen. Porque han oído y confiesan la verdad de su revelación, pretenden vivir por ella. Porque confían en sus promesas, se abandonan a Dios y trabajan para la perfección a la que han sido llamados. En su vida de fidelidad y obediencia son guiados por los impulsos del Espíritu Santo.

31. Aunque es enteramente don de Dios, la fe es inseparablemente un acto libre y una actitud de recepción agradecida de la gracia y la revelación de Dios y del compromiso personal con el Señor vivo que desde el principio hasta el final es el guía de los fieles mediante la acción del Espíritu Santo (cf. 1 Cor 12, 3). Libremente dada, es libremente recibida. Así como la fe transforma la vida humana permite a la mente discernir el plan de salvación de Dios como ha sido descrito en las Escrituras y trazados en los credos, en los cuales la Iglesia de tiempo en tiempo formuló su fe con corazón y mente unánimes (cf. Hech 4, 32). En esta fidelidad, la revelación alimenta el intelecto con convicciones sinceras.

II. LA FE QUE ES CREIDA

32. Hablar al mismo tiempo de fe «que transforma la vida humana» y «permite a la mente discernir el plan de Dios»; de «convicción sincera» y «que alimenta el intelecto», de «corazón y mente unánimes» confirma la inseparabilidad de la *vida* de fe y las *afirmaciones* de fe. La fe que recibe la revelación de Dios, la fe *por la cual* nosotros creemos, es algo más que una dimensión del sentimiento humano, aunque la fe puede ir acompañada de experiencias de gratitud, seguridad y gozo. Es una respuesta que es modelada por la naturaleza y el ser de Dios que se da a sí mismo en la revelación. Así *lo que* es creído es parte integrante de la fe y es esto lo que da contenido a esa vida de fidelidad y obediencia a la que los fieles son llevados por los impulsos del Espíritu Santo.

33. Ya en el Nuevo Testamento está claro el vínculo entre la *fe por la que creemos*, la *fe que es creida* y la *acción*

animada por la fe, que es consecuencia lógica de la misma. En la carta a los Filipenses (2, 6-8) Pablo incluye un himno primitivo sobre Jesucristo «El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz». Este himno fue usado no sólo para permitir a Pablo y a la comunidad dar una expresión verbal unificada a su fe, sino también para proporcionar el modelo para su propia vida como cuerpo de Cristo, obediente al camino de su Señor vivo. Así esta afirmación de fe va precedida por las palabras. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo». La fe por la que creemos y la fe que es creída van unidas en la vida de obediencia fiel.

34. Históricamente la Iglesia ha expresado siempre esta fe en forma de credo. Como se señaló antes, las afirmaciones en la Carta a los Filipenses se hacen en el contexto de la donación de vida al creyente. Que la Iglesia primitiva comprendió sus propias afirmaciones más formalmente desarrolladas de la fe en el mismo modo se ve por su uso universal del término «símbolo» para el credo. Esto reflejaba una práctica común de la época cuando se hacían los contratos. Cada parte tomaba una pieza de una vasija de arcilla rota, para que más tarde al ajustarse confirmara la identidad de las partes en el contrato. Estas partes guardadas se llamaban símbolo (del griego *symbolom*). Así llamar al credo «símbolo» era subrayar el modo en que reúne en sí el don de Dios y la respuesta de la Iglesia, siendo los creyentes llevados a afirmar unánimes este signo de fe salvadora. Por tanto, durante los ritos de iniciación, el obispo entregaba el credo a las personas que iban a ser bautizadas como símbolo de participación activa en la comunidad creyente, para ser devuelto cuando el credo se recitaba más tarde dentro del contexto del culto.

35. Así los credos son un componente junto con los sacramentos y la autoridad de lo que san Agustín consideraba los modos universalmente reconocidos (*catholica*) de hacer nuestra la autodonación de Dios en Cristo. Es por tanto un error ver los credos simplemente como una colección de afirmaciones proposicionales que no exigen más que un asentimiento intelectual. Implican el mensaje evangélico de

un modo que Católicos y Metodistas aceptan como normativo y fuente de vida, como se muestra en el hecho de que sea regularmente rezado en la liturgia. Para ambas Iglesias, por tanto, lo que es creído es una materia de feliz garantía que conduce a una senda de fe que debe ser seguida.

36. En su *Carta a un católico*, John Wesley afirma la fe que suscriben tanto los protestantes verdaderos como los católicos verdaderos, fe que es creída y fe por la que creemos, que guía a una acción fiel. Sigue el esquema del Credo de Nicea: Dios el Padre de todos, que «por su bondad creó el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos»; Jesucristo «concebido por la sola operación del Espíritu Santo y nacido de la bienaventurada Virgen María», uniendo «la naturaleza humana con la divina en una sola persona; muriendo en la cruz, resucitado y ascendido», como «Mediador hasta el fin del mundo»; «el infinito y eterno Espíritu de Dios, igual al Padre y al Hijo,... no sólo perfectamente santo en sí mismo sino la causa inmediata de santidad en nosotros»; la Santa Iglesia Católica reunida por Cristo mediante sus apóstoles; el perdón, justificación y resurrección de los fieles. Wesley continúa insistiendo en la *práctica* de esta fe por aquéllos que creen. Así la apelación a la unidad, protestantes y católicos deberían «ayudarse unos a otros en cualquier cosa en que estemos de acuerdo lleva al Reino», está basada en la convicción de que lo que es creído y afirmado en común debe ser encarnado tanto en la vida del creyente y como en la comunidad de fe. Con esta convicción Metodistas y Católicos siguen en un diálogo «que no podemos no llegar a la religión de amor y así ser condenados en lo que nosotros mismos aprobamos». La fe es probada por el fruto que aporta.

III. LA FRUCTIFICACIÓN DE LA FE

A. *El crecimiento de la fe*

37. La respuesta viva al Dios vivo revelado en la Biblia compromete a la persona entera y así podemos hablar de una variedad de modos en los que la respuesta es vivida y expresada dentro de la Iglesia. Respondemos a la autorrevelación de Dios no sólo mediante un simple asentimiento a lo que hizo por nosotros en Cristo, sino mediante el retorno a nues-

tra llamada original mediante una vida de fe vivida en la historia. La revelación es transmitida por un pueblo de carne y sangre en una variedad de situaciones. Esto aporta una fructificación creativa y dinámica, de modo que la Iglesia como cuerpo vivo desarrolla siempre nuevas expresiones de fe, esperanza y amor.

1. *Historia y desarrollo*

38. En el curso de su desarrollo la comunidad cristiana ha obtenido nuevas percepciones para la revelación ya recibida. La tradición muestra sus frutos en la expresión ricamente variada de estas percepciones. Dado que esto es un proceso histórico, estamos en un diálogo no sólo con nuestros contemporáneos, sino con nuestros predecesores en la fe. Debemos oír lo que ellos han dicho ya y al hacerlos reconocemos el carácter dinámico de la revelación cuando el pasado entra en el presente y prepara para el futuro. El desarrollo coherente ilustra los frutos de la revelación.

39. La Iglesia misma, como semilla que crece con la ayuda del Espíritu Santo y en respuesta a Dios tiene una dinámica inherente. No hay un modo de comprender los frutos de la revelación en la comunidad de fe. El desarrollo es un proceso eclesial basado en la experiencia y santidad de los fieles. Tanto Católicos como Metodistas lo han visto como un fenómeno más abarcante que el desarrollo de la doctrina. El evangelio de san Juan, al hablar de frutos, apunta a perspectivas eclesiales: el Padre es el agricultor, Cristo es la viña y nosotros somos sus sarmientos, y es el Espíritu Santo el que guía a la comunidad a la plenitud de la verdad. Dado que el Espíritu Santo muestra el camino no se pueden poner límites a la asistencia de Dios en este proceso. El desarrollo como interpretación fresca de la fe significa permitir a nuestras mentes en cada generación formarse de acuerdo con el pensamiento que estaba en Jesucristo.

2. *La Iglesia y su entorno*

40. Dado que la Iglesia ha sido hecha por seres humanos, su crecimiento en la comprensión tiene lugar mediante

la interacción humana. Los cristianos ejercen su libertad en un diálogo creativo con el mundo. Los frutos aparecen no sólo como el resultado de la meditación interna de la Iglesia sobre su origen y destino sino también como respuesta a estímulos externos. La percepción de la verdad crece y es probada por los desafíos de las épocas sucesivas.

41. Vivir el Evangelio implica aceptar esos desafíos en la certeza de que Jesucristo es el Señor de la historia y sabiendo que el Espíritu de Dios actúa en la vida humana, inspirando y guiando en la búsqueda de la justicia, libertad, paz y dignidad humana. La Iglesia, cuando participa en esta empresa humana, bajo la guía del Espíritu Santo y atenta a la Palabra de Dios manifestada en las Escrituras y en su propia experiencia histórica, intenta identificar lo que es bueno y debería ser defendido y promovido, y llamar la atención y resistir a las ideas y acciones opuestas al Evangelio y perjudiciales para la vida humana. Este proceso, que ha estado siempre presente en la vida de las iglesias, ha sido algunas veces llamado «discernir los signos de los tiempos».

42. La Iglesia a menudo entra en discusión con diferentes escuelas de pensamiento cuando considera nuevas teorías, cuestiones y descubrimientos. Escucha a amigos, rivales y enemigos. Pero hay veces en que debe resistir a las ideas que son opuestas al Evangelio. La propia revelación proporciona la motivación y guía para este ministerio de la Palabra.

B. *Los frutos de la fe*

43. La fructificación asume muchas formas. Incluye ciertamente las siguientes:

1. *Confesión*

El pueblo ha dado testimonio de su fe en Jesucristo, la Palabra encarnada, hasta llegar incluso al martirio. En el bautismo esta misma fe ha sido confesada en medio de la comunidad de creyentes. Cuando surgió la necesidad, la Iglesia formuló su fe mediante el Credo de Nicea-Constantinopla. Cada

cierto tiempo en los siglos siguientes sínodos y concilios confesaron de nuevo la fe en fórmulas adaptadas a las nuevas circunstancias y en lenguajes nuevos.

44. Los frutos en desarrollo de la fe han llevado a veces a centrar de nuevo la comprensión del Evangelio. Este fue especialmente el caso con las Confesiones surgidas en el tiempo de la Reforma que se centraron en la experiencia de ser justificados por gracia mediante la fe. En ellas y en la enseñanza subsiguiente del Concilio de Trento, el corazón cristiano y trinitario de la fe situado en el contexto de la acción soberana de Dios, el único que lleva a los pecadores a la justificación y a la salvación.

45. La fructificación de la fe hace que también se vea expuesta a las diversas influencias de las culturas y filosofías con las que se encuentra. El deseo de acrecentar la fe por la comprensión y protegerla de las variaciones y desviaciones ha llevado a la formulación de las doctrinas. Algunas de éstas han servido a su vez como modelos de fe y ortodoxia (como en los credos tradicionales), mientras otras han sido usadas para edificar sistemas teológicos que serían intelectualmente satisfactorios y proporcionarían argumentos apologeticos para la defensa y mejor proclamación de la fe. Diferentes acentuaciones doctrinales y diversas síntesis teológicas se han contado, no obstante, entre los numerosos factores que han alejado a las iglesias unas de otras y han llevado, en ocasiones, a doctrinas y confesiones conflictivas. El intento de superar este extrañamiento ecuménicamente es él mismo un fruto del desarrollo permanente de la fe.

2. *Vida espiritual*

46. La múltiple fructificación de la fe se ha manifestado en el campo del pensamiento, en la cuidadosa elaboración de la doctrina y también en el ámbito de la experiencia personal. Las verdades que están incluidas en el Evangelio han sido percibidas como verdades vivas que llevan a la novedad de la vida y a experiencias profundas de Dios en Cristo, presente en el corazón por el testimonio del Espíritu. Se han explorado y descrito modos de vida espiritual. Los escritos de los Padres sirios, griegos y latinos, las reglas monásticas y la teología de la alta Edad Media, las descripciones más esco-

lásticas de vías de ascenso hacia Dios, los documentos de la *deuotio moderna* en el tiempo del Renacimiento, son monumentos e instrumentos de la fructificación de la fe. Descubriendo y siguiendo los ejemplos de los grandes santos, los fieles exploraron nuevas sendas hacia Dios y encontraron nuevas evidencias de la presencia divina en sus vidas, en la comunidad y en el mundo a su alrededor. Por ejemplo, la Virgen María, la *Theotókos*, ha llegado a ser vista especialmente por las tradiciones ortodoxa y católica como un icono de la Iglesia y del alma cristiana, un modelo de santidad y una compañera en la peregrinación. La devoción a la vida disciplinada de oración y el compromiso con las obras de misericordia están en el origen del Movimiento metodista. Los infatigables esfuerzos de Juan Wesley por proclamar el Evangelio a todos, especialmente a los olvidados y a los pobres, y llamarlos a una vida de santidad y un deseo de perfección fueron todos ellos preciosa evidencia de la fructificación de la fe.

47. Devoción es la forma que la fe toma en la oración. Inspira nueva vida y manifiesta la capacitación por el Espíritu de las débiles voluntades humanas para hacer el bien, guía la disciplina cuando el deseo de seguir al Señor organiza la vida personal, regula el uso y sitúa el entusiasmo y la pasión personales al servicio del Evangelio.

48. En la búsqueda de la perfección, los cristianos han encontrado ayuda fuera de la tradición cristiana, anteriormente en el neoplatonismo y más recientemente, por ejemplo en diferentes escuelas asiáticas de sabiduría. Esto no está libre de peligros. Siempre han estado disponibles en la Escritura fuentes de vida espiritual y devoción para equilibrar el peligro de desviación, especialmente en el Nuevo Testamento y en los Salmos. La vida personal y la devoción encuentran su propio marco a la luz de la Palabra fielmente predicada y de los sacramentos administrados de acuerdo con el Evangelio. Así fe, devoción y disciplina están situados dentro del culto y la liturgia de la comunidad.

3. *Culto*

49. En la presencia del Dios autorrevelado, las gentes sienten temor y gozo y se ven movidos a expresarlo en alabanza, plegaria, confesión y compromiso. Desean traer a la

memoria el mensaje de gracia que han recibido; celebrar los actos de Dios con palabras, gestos y cantos; expresar en la oración sus miedos, necesidades y esperanzas; y representar de nuevo la historia de la salvación en liturgia y drama.

50. Las Escrituras atestiguan ampliamente la centralidad del culto público y privado para el pueblo de Dios. Cuando la revelación de Dios llegó a su plenitud en Jesucristo, el pueblo de la Nueva Alianza mantuvo su herencia de culto de un modo nuevo. Los salmos se convirtieron en un himnario para la Iglesia cristiana; la comida pascual adquirió un significado más pleno como sacramento de salvación en Jesucristo. Más aún, se crearon nuevos himnos (cf. Fil 2, 6-11; Col 1, 15-20), y el bautismo en el nombre del Dios Trino se convirtió en el signo de la nueva creación en Cristo e incorporación a su cuerpo.

51. En la medida en que el Evangelio se propaga, incorporando culturas nuevas, se utilizan diferentes lenguajes y el culto de la Iglesia se enriquece y se diversifica. La Iglesia da cauce a desarrollos en las tradiciones litúrgicas, así como a expresiones nuevas y espontáneas de fe y culto como signos de la fecundidad del mensaje de Dios y la acción siempre presente del Espíritu Santo. Al mismo tiempo la Iglesia busca asegurar lo que son manifestaciones genuinas del Espíritu y reflejan y proclaman fielmente el Evangelio.

4. *Servicio*

52. La comunidad fiel pretende seguir al que vino no a ser servido sino a servir (Mc 10, 45). El modelo de todo ministerio se funda en el Señor mismo. En su primitivo ministerio proclamó el reino futuro y «pasó haciendo el bien» (Hech 10, 38): curando a los enfermos, llamando a los desposeídos y marginados, pidiendo justicia y restaurando vida. De maneras diversas la Iglesia no sólo proclama el mensaje con palabras, sino también atiende a las necesidades espirituales y materiales de todos; preocupándose por los pobres, extranjeros, olvidados. Este servicio de caridad ha sido una parte esencial de su misión. Habiendo experimentado la misericordia amorosa de Dios, la Iglesia se siente vinculada a denunciar la injusticia y la opresión, a trabajar por la paz y a articular consecuencias éticas del amor de Dios a la humanidad. Para todas las culturas, la Iglesia ofrece la «levadura» del Evangelio.

C. *El discernimiento de fe*

53. Es el Espíritu Santo el que hace fructificar la revelación dada en la persona real de Jesucristo para la edificación de la Iglesia como un todo y el proceso espiritual de cada uno de sus miembros. El Espíritu Santo es la fuente de todo discernimiento auténtico. «No extingáis el Espíritu; no despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedaos con lo bueno. Absteneos de todo genero de mal». (1 Tes 5, 19-22). Existen diferentes modos y medios de «probar» todas las cosas, una variedad de principios de discernimiento proporcionado por el Espíritu.

1.º *Criterios para el discernimiento*

1. *Fidelidad a la Escritura*

54. Porque las Escrituras son el testimonio normativo para la revelación en Cristo, son centrales para el discernimiento cristiano. El creyente cristiano debe estar informado de su contenido, reflexionar sobre su significado y aplicar su enseñanza en la vida diaria. «Desde niño conoces las Sagradas Letras, que pueden darte la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia; así el hombre de Dios se encuentra perfecto y preparado para toda obra buena» (2 Tim 3, 15-17).

55. La fidelidad a la palabra de la Escritura es también ejercida por aquellos que en virtud de su ministerio, asisten a los fieles en este discernimiento escriturístico. Así el Segundo Concilio del Vaticano afirma que «este Magisterio, evidentemente, no está por encima de la palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad» (Constitución dogmática sobre la Revelación divina *Dei Verbum*, n. 10). Wesley fue capaz de difundir la santidad de la Escritura por toda la tierra porque engrasó la verdad de la escritura con el aceite y la hizo arder con el fuego del Espíritu Santo.

2. *Sentire cum Ecclesia*

56. Esta expresión latina es usada a menudo en la teología católica para indicar una profunda armonía entre la convicción personal en la fe y la enseñanza de la Iglesia. La convicción es designada por la palabra *sentir* (*sentire*) más que por *pensar*, porque es un tipo de instinto espiritual, antecedente a toda reflexión discursiva sobre la verdad a la que se adhiere, o sobre una prueba racional de esta verdad. Deriva no sólo de la capacidad intelectual, sino también de la rectitud moral y la bondad espiritual, fruto de la gracia.

57. Wesley era muy consciente de la suprema importancia de tal convicción para dar un testimonio vivo de las doctrinas cristianas fundamentales, transmitidas de generación en generación por la Iglesia. Los teólogos contemporáneos lo acusaron frecuentemente de irresponsabilidad al autorizar a predicar a hombres que ellos consideraban como incultos teológicamente. El replicó que un tendero moralmente justo que frecuenta devotamente las Escrituras puede alcanzar mucho más fácilmente el grado de convicción indispensable para un testimonio y predicación efectivas que un clérigo disoluto que se apoya sobre una pericia bíblica y teológica puramente académica. Wesley sabía que en la mente y en el corazón de un creyente cristiano profundamente convencido, el Espíritu Santo está siempre en acción, vinculando el ejercicio de los dones espirituales particulares en unidad con el ejercicio de los dones complementarios en todos los demás miembros del cuerpo de Cristo, la Iglesia.

58. En la perspectiva del Vaticano II, esta acción del Espíritu aporta una interdependencia en comunión entre el instinto espiritual de la totalidad del cuerpo de los fieles y aquellos que tienen el encargo de realizar actos normativos de discernimiento de lo que es o no es fiel a la tradición cristiana. «Prelados y fieles colaboran estrechamente en la conservación, en el ejercicio y en la profesión de la fe recibida» (*Dei Verbum*, n. 10). La palabra latina para «armonía» es *cons-piratio*, es decir, «convergencia de inspiración» aportada por el Espíritu Santo entre el *sentire* de los fieles y el discernimiento del Magisterio.

3. *Recepción*

59. Un criterio para juzgar de la conformidad con el Evangelio de nuevos desarrollos en la enseñanza o vida cristianas es su recepción a largo plazo por toda la Iglesia. Esta recepción a veces tendrá lugar en una discusión teológica y otras en la vida práctica de las iglesias locales o del creyente individual. En todo caso la recepción de lo que es verdadero es un proceso espiritual. La convicción profunda de poseer la verdad, no obstante, puede ser ocasión de lucha y separación cuando opiniones en conflicto reclaman ser verdaderas. El proceso de recepción, por tanto, llama a una cuidadosa escucha de las percepciones de los otros. Sólo la verdad lleva consigo la conformidad con Cristo en el Espíritu. Ser ungido con la verdad de la Escritura por el Espíritu de Jesús (cf. 1 Jn 2, 10-21) es dejar filtrar su verdad en cada área de vida cristiana. Es asimilarla en el verdadero ser de la Iglesia y sus miembros, *recibirla* en el sentido pleno de la palabra. Los que están arraigados en la verdad bíblica por la obra del Espíritu no sólo conocen la verdad, sino que tienen convivencia de que la conocen.

4. *Por sus frutos*

60. La convicción profunda de estar en conformidad con la verdad moral y doctrinal cristianas produce frutos de santidad. Produce esa santidad espiritual que en sus sucesivas descripciones del carácter de un metodista, Wesley ha descrito a menudo como «caminar como Cristo caminó». Este vínculo vital entre verdad y santidad convierte la santidad en un criterio de la existencia de la verdad en el proceso de interpretación y desarrollo de la doctrina. Este proceso implica no sólo a un individuo, sino a todas las generaciones que se suceden. Hacia el fin de su vida, Wesley intentó varias veces una historia del Movimiento metodista. Consideraba que la verdad de las percepciones más preciosas del Metodismo estaba demostrada por el florecimiento de la santidad bíblica en cada lugar de la tierra. La cualidad de los frutos del Metodismo proporciona la salvación del árbol original.

61. El Segundo Concilio del Vaticano habla de un crecimiento en la percepción hacia lo que ha hallado cauce en la tradición cristiana, que viene mediante una reflexión que une

el corazón y la mente en un modo característico de *sentire cum ecclesia* referido a los primeros tiempos. El crecimiento en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas viene por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón (*Dei Verbum*, n. 8). Se ha de dar crecimiento en el amor para llevar a cabo el conocimiento más penetrante de las riquezas de la fe. En otras palabras, no sólo es un criterio de la rectitud del desarrollo en la doctrina y la vida eclesial; es una fuente de este desarrollo en su formación de las convicciones y percepciones de los creyentes y su interacción de unas sobre otras.

2.º *Agentes de discernimiento*

62. Los criterios por los que la Iglesia discierne la voluntad de Dios han sido aplicados de diferentes modos y en diferentes campos de la vida del pueblo de Dios. Se pueden enumerar los siguientes:

1. *Discernimiento por el Pueblo de Dios*

63. Según la Escritura el discernimiento de la voluntad de Dios es tarea de todo el pueblo de Dios. La admonición a aprobar y desaprobar (*dokimazein*) lo que es bueno a los ojos de Dios es un tema principal en las cartas de los Apóstoles (cf. Rom 12, 2; Ef 5, 10.17; Fil 1, 9 ss.; 1 Tes 5, 21; 1 Jn 4, 1 ss.). Pablo ora por la Iglesia en Filipos (Fil 1, 9). El pueblo de Dios en su vida diaria tiene que «aprender lo que agrada al Señor» (Ef 5, 10) y lo que satisfará las necesidades de sus prójimos. En este discernimiento el amor de Dios es el poder que guía, en tanto que las necesidades de la comunidad de creyentes y los sufrimientos del pueblo a su alrededor son los indicadores hacia la dirección correcta. Esta apertura activa, en amor a la verdad misma que es Jesús y al pueblo desheredado de su tiempo, lleva a muchos de los santos en nuestras dos Comuniones a nuevas formas de piedad y de servicio en el mundo. Por este tipo de discernimiento Wesley enseñó que no era suficiente que los dueños trataran a sus esclavos justa y amablemente sino que la voluntad de Dios era que la esclavitud fuera abolida.

2. *Discernimiento profético*

64. A veces en la historia del pueblo de Dios los pastores y el rebaño se han extraviado. Por los profetas Dios llamó de nuevo al camino a su pueblo. Esto no sólo fue verdadero para Israel sino también para la Iglesia del Nuevo Testamento. Las cartas a las siete iglesias dan testimonio de un Señor exaltado diciendo a su Iglesia lo que debe hacer y aquello de lo que debe abstenerse (Ap 1, 4-3, 22). En la historia de la Iglesia han surgido voces proféticas de aviso y advertencia, algunas de las cuales fueron rápidamente escuchadas y otras no. La llamada profética no se funda en la aprobación de las autoridades oficiales o en la recepción de todo el pueblo de Dios. Reclama haber sido autorizada directamente por Dios.

65. Como han existido casos de falsa profecía, san Pablo se refiere a la necesidad de «discernir espíritus», distinguiendo entre espíritus (cf. 1 Cor 12, 10) y sopesando lo que ha sido dicho por los profetas (cf. 1 Cor 14, 29). El don de profecía debe ser ejercido de acuerdo con la analogía de la fe (cf. Rom 12, 6), en concordancia con la verdad fundamental del mensaje apostólico. Wesley vio una «analogía de fe» en los grandes temas de la predicación bíblica: pecado original, justificación por la fe y salvación interior presente. Esto puede ser referido al criterio cristológico: «Todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios» (1 Jn 4, 2-3). El acto salvador y redentor de Dios ha alcanzado, de hecho, a la naturaleza y existencia humanas en su totalidad. Este es el que vincula la fe en la encarnación de Cristo con el mensaje de la justificación y santificación de los pecadores por la fe por medio de la gracia salvadora de Dios. Este es el criterio, esta es la «analogía de la fe», según la cual debería ejercerse y probarse la profecía.

66. Se ha reconocido la dificultad de «sopesar» o incluso «discernir» las palabras de los profetas, pero esto no debería disminuir el desafío a escuchar las voces proféticas. Esta dificultad ha ocasionado a veces divisiones y sólo con perspectiva los que han estado tan divididos pueden empezar a distinguir lo verdadero de lo falso en lo que estaba en cuestión.

3. *Discernimiento pastoral*

67. A veces la Iglesia necesita una decisión formal sobre si algunas doctrinas son rectas o equivocadas o qué acciones son las apropiadas a las necesidades del momento, así como a la llamada de la Iglesia. Ya los Hechos de los Apóstoles nos dicen que «los Apóstoles y los ancianos se reunieron para considerar este asunto» (15, 6). Es creencia común de nuestras Iglesias que hay quienes han sido autorizados a hablar por la Iglesia como un todo y los que, tras haber escuchado cuidadosamente la Escritura y la Tradición y la experiencia de los creyentes intentan vivir el Evangelio y tras una discusión razonable y devota pueden decir: «Nos ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros» (Hech 15, 28a; cf. 1 Cor 7, 40b).

68. La Iglesia Católica y las Iglesias metodistas mantienen que los primeros concilios ecuménicos definieron una formulación y una interpretación de la fe apostólica fundamentales, genuinas y válidas.

69. Dentro de la Iglesia Católica el ministerio magisterial de los obispos en unión con el Obispo de Roma se ejerce en nombre de Jesucristo. Aunque su ministerio magisterial «no es superior a la Palabra de Dios, sino su servidor» (*Dei Verbum*, n. 10), los obispos «han recibido el carisma seguro de la verdad», que puede autorizarlos a definir las doctrinas extraídas de la revelación divina.

70. Dentro del Metodismo el ministerio magisterial es ejercido por las Conferencias. Cuando Wesley en 1744 se reunió por primera vez con algunos de sus predicadores para una de estas conferencias les pidió que decidieran sobre las siguientes cuestiones: (1) ¿Qué enseñar? (2) ¿Cómo enseñar? (3) ¿Qué hacer? Su decisión tenía que basarse en el testimonio de la Escritura, pero tuvieron también en cuenta los tesoros de la tradición cristiana especialmente de los primeros tiempos y escucharon la experiencia de los que estaban comprometidos en la tarea de evangelización y habían reflexionado racionalmente sobre las cuestiones que se les presentaron. Sobre esta base y con estas directrices en la mente, las Conferencias metodistas discernen lo que Dios quiere que se predique y se haga en el mundo de hoy.

71. Las diferencias entre estas dos aproximaciones y sus implicaciones para la comunión de fe serán tratadas en una etapa posterior del diálogo entre Metodistas y Católicos.

4. *Convergencia en el discernimiento*

72. San Pablo escribe a la Iglesia de Corinto con la que tiene una controversia sobre la interpretación del Evangelio: «No es que pretendamos dominar sobre vuestra fe, sino que contribuimos a vuestro gozo, pues os mantenéis firmes en la fe» (2 Cor 1, 24). Cada expresión formal de autoridad pastoral, sea el ministerio magisterial de los obispos o el poder de los concilios, sínodos y conferencias, y cada expresión de provocation profética debe servir a la edificación de todo el pueblo de Dios bajo el señorío de Cristo. Esto debería llevar a una independencia creciente y al reconocimiento mutuo de los que ejercen autoridad pastoral dentro de la Iglesia, los que ofrecen una visión profética y todos aquéllos que, por su respuesta a la revelación y su inspiración por medio del amor creativo de Dios, participan en la tradición activa del Evangelio y el discernimiento compasivo de la voluntad de Dios para su Iglesia y el mundo.

SECCION TERCERA: LA MISIÓN

I. LA MISIÓN DE LA IGLESIA VIENE DE DIOS

A. *La fuente de la misión*

73. La actividad misionera de la Iglesia adquiere muchas formas pero en último término tiene una sola fuente. La misión surge del designio amoroso del Dios Trino para toda la humanidad. La acción de Dios de crear y su interés por sus criaturas son expresión de su amor desbordante. Cuando el Padre eligió darse a conocer y cuando reveló e inauguró su plan amoroso para un mundo marcado por el pecado, lo hizo enviando a su Hijo y al Espíritu Santo. «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo» y «el Espíritu de su Hijo» (Gál 4, 4-6). En muchos lugares en el evangelio de san Juan Jesús es designado como el único al que «el Padre ha enviado», y él mismo promete que el Padre y él enviarán el Espíritu. Es, por tanto, una convicción cristiana fundamental que la verdadera naturaleza de la

Iglesia es misionera y que la misión de la Iglesia no es otra que participar en la misión permanente del Hijo y del Espíritu Santo expresando el amor del Padre por toda la humanidad.

B. *Comisionados por Cristo*

74. El Cristo resucitado llama a los que lo siguen a participar en su misión. Dirigiéndose a sus discípulos dice: «Como el Padre me envió, así os envío yo» (Jn 20, 21). Tienen que llevar su misión redentora una vez para siempre en el espacio y en el tiempo, a todos los pueblos y a todas las épocas. El ora también «por los que creerán en él por su palabra» (Jn 17, 20-23). Deben ser santificados todos por su verdad, llevando adelante lo que el Verbo mismo les ha entregado (Jn 17, 17; 17, 14). Cuando proclaman a Jesucristo, cuya persona y misión fueron totalmente una, los que lo siguen se entregan a sí mismos hasta el punto de dar sus vidas por el Evangelio.

C. *Misión llena de poder por el Espíritu Santo*

75. Esta participación en la misión de Cristo es posible sólo por el poder del Espíritu Santo. La Iglesia niña, reunida tras puertas cerradas, fue llena de poder, para ir y transmitir eficazmente las acciones admirables que Dios ha hecho por medio de Jesucristo, sólo después de haber recibido el Espíritu Santo en Pentecostés (Hech 2; cf. Lc 24, 48-49; cf. Jn 20, 22). Lo que sucedió en Jesucristo en un tiempo y un lugar particulares es comunicado después a pueblos de toda lengua y cultura. En el Espíritu, la comunidad que proclama se convierte en un evangelio vivo para que todos lo escuchen. D. *El bautizado y la misión*

D. *El bautizado y la misión*

76. El gran mandamiento al final del evangelio de san Mateo va dirigido a los Apóstoles y a todos los que comparten su fe (Mt 28, 16-20). Todas las naciones tienen que llegar a la plenitud de vida en el Dios Trino en cuyo nombre serán bau-

tizadas. Los que aceptan el Evangelio se convertirán en miembros del cuerpo de Cristo y en habitación del Espíritu Santo, conociendo y amando a Dios como su Padre. Como están unidos con Cristo están también unidos a su misión. Todos los aspectos de su vida común sirven para edificar el cuerpo y a sus miembros en santidad. Son capaces por tanto de llegar en palabra y testimonio a todos los que aún no han escuchado el Evangelio.

II. MISIÓN: PALABRA Y ACCIÓN

77. La misión de Jesús era proclamar las acciones salvíficas de Dios: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor». (Lc 4, 18-19). Jesús fue enviado a anunciar que Dios llegaba para liberar al pueblo de la cautividad de los poderes del mal, el pecado y la muerte, y para curar sus sufrimientos y heridas. Jesús hizo aquello que dijo. Liberó a los que estaban poseídos por espíritus malignos y liberó a los que sufrían de la culpa y la alienación. Por otra parte su predicación fue más allá del momento presente. Al bendecir a los pobres les dio la seguridad de que Dios estaba con ellos y de que su reino les pertenecería.

78. Porque el ministerio de la Iglesia deriva de la misión de Jesús, su ministerio puede servir como paradigma de la misión de la Iglesia. La Iglesia proclama lo que Dios hizo para salvar a la humanidad por medio de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Él es la Palabra de vida que Dios ha hablado; es el testimonio para todos los seres humanos de que Dios vino y, dentro de sus limitaciones les ha dado parte en abundancia de su amor. Tomando sobre sí el peso y la maldición de la ley, nos reconcilió con Dios y llevó nuestros pecados, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Proclamar el amor de Dios en Jesucristo es más que recordar y decir la historia de Jesús y lo que hizo por nosotros; dondequiera que esta historia es contada los que la oyen son llenos de poder por el Espíritu Santo para abrir sus corazones al amor de Dios de modo que pueden vivir en una comunidad de amor, reconciliación y paz.

79. Quienes han experimentado la fidelidad y la justicia de Dios compartirán lo que han recibido mediante obras de misericordia y justicia. Más aún intentarán conformar la sociedad de acuerdo con el modelo del reino de Dios. Suya es la sociedad de la nueva creación de la que han recibido las primicias en el don del Espíritu Santo. Al no pretender nunca edificar el reino por sus propias fuerzas, dan toda la gloria a Dios.

80. Cada faceta de la misión de la Iglesia, —testimonio, servicio y culto— abarca tanto palabra como acción:

—El testimonio requiere la proclamación pública del Evangelio, narrando la historia e invitando a la respuesta y aceptación. Incluye el testimonio de persona a persona y la fidelidad silenciosa y también eficaz de los que sufren e incluso mueren por su Señor y su amor.

—El servicio se expresa en el cuidado de los enfermos y necesitados y todos los que anhelan la curación, aconsejando al atribulado, abogando por el pobre y trabajando por la paz, la justicia y la preservación de la creación.

—En el culto los múltiples dones de la gracia de Dios son celebrados dentro del Cuerpo de Cristo. La comunidad reunida en torno a la palabra y el sacramento lleva a la comunión de gentes procedentes de diferentes estratos, con diferentes talentos y dones, haciéndolas a todas uno en Jesucristo.

Todo esto ha sido reconocido en nuestras dos tradiciones como lo mejor. Pero a menudo nos quedamos cortos en la práctica de lo que mantenemos en principio. Esto proporciona un motivo para el arrepentimiento y el cambio de corazón, porque la integridad del Evangelio exige nuestro compromiso pleno para el testimonio, el servicio y el culto.

III. MISIÓN Y COMUNIDAD

81. Dado que la Iglesia es misionera por su verdadera naturaleza, la misión es, por su propia índole, eclesial. Edificada por el Espíritu Santo, la comunidad será el instrumento de la proclamación y actuación del Evangelio, el lugar donde el pueblo crecerá en fe y santidad y un paradigma de

la nueva vida de gozo, paz, solidaridad y servicio que Jesús ofrece toda la humanidad.

82. La misión de la Iglesia implica el servicio profético y sacerdotal. Su mensaje difunde la exigencia de misericordia, justicia y paz que Dios dirige a la sociedad humana, especialmente con relación a los débiles y los menos privilegiados. En un mundo de ruptura y separación, la comunidad cristiana como una comunidad de aceptación, perdón, libertad y amor puede funcionar como un sacramento de la presencia sanadora de Cristo.

83. La existencia de esta comunidad es el fruto del Espíritu que reúne, sostiene, alimenta y dota a los fieles con los diversos dones que les permiten dar testimonio del Evangelio. Esto requiere que la comunidad y sus miembros hagan constantemente uso de los medios de Gracia que Dios ha proporcionado, entre los que están la participación ecuménica, la sociedad y la cooperación. A través de estos medios todos son llamados al arrepentimiento diario, la renovación continua y la búsqueda de la santidad. Siendo así fortalecidos por el Espíritu los fieles dan testimonio de Cristo de palabra, ejemplo y acción incluso cuando están inmersos en el mundo por su vida y preocupaciones cotidianas. A su vez, su testimonio, compartido en comunidad, oración y alabanza, edifica fortalece e intensifica la comunidad.

IV. LA MISIÓN APOSTOLICA

84. La totalidad del pueblo de Dios ha sido enviada por Cristo al mundo para dar testimonio del amor del Padre en el poder del Espíritu Santo. En este sentido, es apostólica. Todos sus miembros reciben los dones del Espíritu y no existe don sin el correspondiente servicio. Dentro de este servicio de la totalidad ha existido, desde el principio, un ministerio únicamente llamado y capacitado para edificar el cuerpo de Cristo en el amor. Este ministerio es «apostólico» en el sentido específico, porque comenzó con la elección de Cristo de entre sus discípulos de los Doce «a los que llamó apóstoles» (Lc 6, 13). Continuó a través de los tiempos en los que los sucedieron en este ministerio. Tras su muerte y resurrección Cristo confirmó la misión de los Apóstoles y los envió como mensajeros por los que el Evangelio, anunciado y vivido, debería ser preservado y proclamado por todo el mundo (cf.

Mt 28, 19-20). Su testimonio firme en obediencia al Espíritu tenía que ser un signo de la presencia permanente de Cristo (cf. Hech 1, 8). En la misión de la Iglesia ha sido recordado y reconocido su lugar especial. La primera historia de la difusión de la enseñanza de Cristo está registrada en los Hechos de los Apóstoles; la confesión bautismal es llamada el *Credo de los Apóstoles*; la transmisión de esta fe de generación en generación es conocida como la *Tradición apostólica*.

85. En sus imperfecciones, su cortedad de comprensión y su fe vacilante, así como en su lealtad última, los Apóstoles son representativos de la humanidad que Cristo vino a salvar. Su vida con él se convirtió en un modelo para la vida de la Iglesia; empezaron a entender la revelación; se mantuvieron unidos por la escucha común de la Palabra; fueron enviados con el propósito común de permitir a todas las naciones escuchar, creer y vivir la Palabra. En fidelidad a la enseñanza apostólica, el modelo reconocible de su comunidad (Hech 2, 41-47) ha persistido en la vida de la Iglesia.

86. La Iglesia es como una célula viva con Cristo como su núcleo; la comunidad cuando crece y se multiplica, mantiene su modelo original. Las comunidades apostólicas necesitan personas que hagan en su propio tiempo lo que los Apóstoles hicieron en el suyo: pastorear, enseñar y servir bajo la autoridad del Buen Pastor, Maestro y Señor Siervo.

87. Todos aquellos a quienes los Apóstoles transmitieron su fe tienen una participación en su trabajo. Todos han sido llamados a dar testimonio. Todos han sido llamados a glorificar a Dios e interceder por el mundo. Todos han sido llamados a servir a su prójimo.

88. En las Iglesias Metodista y Católica algunos reciben mediante la ordenación una llamada especial y están consagrados y autorizados para proclamar y enseñar el Evangelio del amor de Dios en Jesucristo, a guiar la comunidad de culto hacia el trono de gracia y administrar los dones sacramentales de Dios; a guiar la vida de la Iglesia, su cuidado por los necesitados y su trabajo misionero. En la tradición católica estas tareas han sido encomendadas a los obispos ordenados en la sucesión apostólica junto con sus presbíteros y diáconos. En la tradición metodista, siguiendo a Wesley, se sostiene que el ministerio ordenado está en la sucesión de los Apóstoles, si bien este ministerio no depende de la misma manera de la sucesión de obispos.

V. MISIÓN Y ECUMENISMO

89. El Evangelio de reconciliación exige una comunidad reconciliada y reconciliadora. Las iglesias cristianas no pueden aún llevar a cabo la misión de Dios en unidad y éste es un serio obstáculo para la misión. Reconocemos agradecidos los frutos que nuestras relaciones ecuménicas han aportado en la edificación de nuestras comunidades para la misión y en la actividad misionera de nuestras iglesias. Nuestras iglesias deberían aprovechar toda oportunidad para la cooperación y trabajar y orar para superar las dificultades que aun permanecen en el camino. Deberíamos explorar las posibilidades de cooperación en el servicio, y, siempre que sea posible, en la proclamación. Cuanto más superemos las diferencias en doctrina y educación, más fuerte será nuestro testimonio y más fácil será evitar la sombra del proselitismo. Cerca de treinta años de diálogo entre Católicos y Metodistas, ha revelado un acuerdo suficiente en la fe para que nuestras Iglesias reconozcan recíprocamente la integridad y fidelidad en la proclamación del Evangelio de la otra. Aunque amplias áreas de acuerdo, entre Católicos y Metodistas, sobre nuestras responsabilidades en la sociedad hacen posible la acción común, subsisten diferencias relativas a algunas cuestiones relativas a la ética personal y social. Un diálogo cuidadoso y responsable sobre estas diferencias sería fructífero, no sólo para nuestras iglesias, sino también para nuestra misión en la sociedad.

VI. MISIÓN Y CULTURAS

90. Para Metodistas y Católicos el mensaje del Evangelio es para todos los tiempos. Transciende a todas las culturas. El Evangelio —que surgió en una matriz palestina— ha sido anunciado en los lenguajes de muchas culturas. Dado que la salvación es para las gentes dondequiera que estén, es relevante para todas las culturas y debería ser proclamada en los modos que sean apropiados a cada una de ellas. La evangelización como proclamación del Evangelio se distingue claramente del diálogo interreligioso en el que cristianos competentes se reúnen con miembros de otras religiones con el objetivo de lograr una mejor comprensión mutua. El diálo-

go interreligioso pertenece al proceso de misión e inculturación del Evangelio, dado que la evangelización lleva a los cristianos a contactar con culturas que han sido en gran parte moldeadas por otras religiones.

91. Se puede ver una cierta analogía entre el misterio de la encarnación y la inculturación del Evangelio. La cultura en la que el Evangelio pretende penetrar y transformarla tiene, tal como es, un cuerpo y un alma. El cuerpo de una cultura incluye la red de estructuras políticas, económicas y sociales que proporciona la estabilidad sin la cual las más altas formas de creatividad no podrían desarrollarse. Estas formas —intelectuales, artísticas, religiosas— son como el alma de una cultura, la respuesta a la atracción de verdad, belleza y bondad para el espíritu humano. Proceden de una sed de plenitud espiritual que los valores meramente humanos no pueden saciar.

92. Ambos, el evangelizador cristiano y los conversos que vienen de religiones no cristianas son desafiados por un proceso inevitable de discernimiento. ¿Cuáles son, en los valores culturales arraigados en las aspiraciones religiosas, las expresiones auténticas del movimiento de transcendencia hacia la absoluta verdad y bondad de Dios? ¿Cuáles son las desviaciones, que imponen limitaciones a ésta o incluso dañan algunas de las más profundas aspiraciones del corazón humano?

93. El evangelizador no debe nunca intentar imponer la respuesta a esta pregunta. Debe tener con sus oyentes la paciencia que Dios mostró con su pueblo en el Antiguo Testamento. Por medio de los profetas, Dios dio una revelación parcial de su plan salvador para la raza humana, antes de comunicar finalmente la plenitud de este plan en el don de su único Hijo (Hb 1, 1-2; Jn 3, 16). En ningún caso debería abandonarse la proclamación directa del mensaje. El diálogo interreligioso no es un sustituto de la evangelización que sigue siendo un imperativo del Evangelio.

SECCIÓN CUARTA: VIDA SACRAMENTAL

94. En su relación de 1991 sobre *La Tradición apostólica*, la Comisión sintió la necesidad de una reflexión más profunda sobre la naturaleza del sacramento, comenzando a

partir de la idea de Cristo como «sacramento primordial» (n. 89). Teniendo en mente que uno de los nombres más antiguos para sacramento es «misterio» (*mysterion*), los Cristianos encuentran una base escriturística directa para ver a Cristo de esta manera en 1 Tim 3, 16, donde Cristo es mencionado como «el misterio de nuestra religión»:

«Él ha sido manifestado en la carne,
justificado en el Espíritu,
visto de los Angeles,
proclamado a los gentiles,
creído en el mundo,
levantado a la gloria».

95. El «misterio» de Dios es el plan eterno de Dios que ha sido revelado ahora en la persona y la obra de Jesucristo, un designio salvador que abarca igualmente a judíos y gentiles en la bondad del reino final de Dios (Mc 4, 11; Rom 16, 25-27; 1 Cor 2, 7-10; Ef 3, 1-20; Col 1, 25-27; 2, 2-3). Cristo es la «imagen del Dios invisible» (Col 1, 15) el Hijo del Padre sobre el que permanece siempre el Espíritu Santo (Jn 1, 33). Habiendo tomado nuestra humanidad sobre su propia persona, el Hijo es el signo de nuestra salvación y el instrumento por el que es llevada a cabo.

96. Como la sociedad de los que han sido incorporados a Cristo y alimentados por el Espíritu Santo dador de vida (1 Cor 12, 13), se puede pensar la Iglesia análogamente de un modo sacramental. Precisamente como el Cuerpo de Cristo y la comunidad del Espíritu Santo, se puede hablar de la Iglesia como «un sacramento que manifiesta la gracia de Dios entre nosotros, y al mismo tiempo significa de alguna manera gracia y llamada a la salvación dirigida por Dios a toda la humanidad»¹. Constituida por la gracia salvadora de Dios, la Iglesia se transforma en un instrumento para extender la oferta divina tan amplia como el alcance del plan eterno de Dios para la humanidad.

En esta aproximación, los sacramentos de la Iglesia pueden ser considerados como instancias particulares del

¹ Comisión Mixta de la Iglesia Católica y el Consejo Metodista Mundial, *Hacia una declaración sobre la Iglesia* 1986, § 9, refiriéndose a la Constitución dogmática sobre la Iglesia, del Segundo Concilio del Vaticano, *Lumen Gentium* § 1.

Misterio divino revelado y hecho operativo en las vidas de los fieles. Instituidos por Cristo y hechos eficaces por el Espíritu, los sacramentos hacen llegar el Misterio a aquéllos en los que Dios se complace en habitar.

98. Los sacramentos particulares dimanar de la naturaleza sacramental de la autocomunicación de Dios a nosotros en Cristo. Son modos específicos en los que, por el poder del Espíritu Santo, Jesús resucitado realiza su presencia salvadora y su acción eficaz en medio de nosotros. Así en su ministerio público Jesús no comunicó la buena nueva de nuestra salvación sólo con palabras; se dirigió con signos y acciones a los que llegaban hasta él en la fe. Más aún tales signos y acciones fueron dirigidos tanto al cuerpo como al espíritu. Así sanó al paralítico y le perdonó sus pecados. Tras la pasión, muerte y resurrección de Cristo, el salvador mantiene sus palabras y acciones entre nosotros por medio de signos sacramentales.

99. Existe una conexión doble entre la Iglesia y los sacramentos. Los sacramentos edifican la Iglesia como cuerpo de Cristo hasta que sus miembros lleguen a su estatura plena; la Iglesia actúa mediante los sacramentos en virtud de la misión recibida del Espíritu Santo.

100. En virtud de su naturaleza eclesial, los sacramentos están orgánicamente referidos unos a otros. En la celebración de la Eucaristía, palabra y mesa, la Iglesia es edificada como el cuerpo de Cristo. En la comunidad eucarística uno es admitido por el bautismo, que identifica al creyente con la muerte y resurrección de Cristo. Metodistas y Católicos subrayan esta conexión vital entre la comunión eclesial y los sacramentos del bautismo y la Eucaristía de manera diferente pero análoga. Los Metodistas afirman la plena naturaleza sacramental de los ritos del bautismo y la Eucaristía, atribuyendo a Cristo su institución directa. Al mismo tiempo, consideran que otras prácticas cristianas, enumeradas por el propio Wesley, son medios específicos de gracia. Los Católicos atribuyen la primacía al bautismo y la Eucaristía entre los siete ritos sacramentales que sostienen la vida de fe.

101. Es nuestra creencia común que el bautismo es una acción de Dios por la cual los bautizados comienzan su vida con Cristo, el Redentor, y participan en su muerte y resurrección. Cuando Cristo es recibido en la fe, se borra el peca-

do original, los pecados son perdonados, los bautizados son justificados a los ojos de Dios y se convierten en una nueva creación, con todos los creyentes participan en la comunión del Espíritu; y son llamados a buscar la perfección en esperanza y amor mediante la respuesta fiel a los dones continuos de gracia que vienen de Dios. Mediante el ministerio de la Iglesia se da el bautismo con agua «en el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo». El Bautismo es irrevocable y no se repite. Aunque es recibido en el contexto de una iglesia local y en una comunidad específica cristiana, introduce al pueblo en la Iglesia universal de Cristo y la asamblea de los santos.

102. Con toda la tradición cristiana, Metodistas y Católicos encuentran en el Nuevo Testamento la evidencia de que el bautismo es el sacramento básico del Evangelio. Están también de acuerdo en que Jesucristo instituyó la Eucaristía como una comida santa, el memorial de su sacrificio. Cuando los bautizados participan en ella, participan en el sacramento de su Cuerpo entregado por ellos y su Sangre derramada por ellos; presentan y ofrecen su sacrificio ante Dios Padre; y reciben los frutos en la fe. Proclamando en su presencia resucitada la muerte del Señor hasta que vuelva, la asamblea eucarística anticipa la llegada final de Cristo y pregonada la primicia del banquete celestial preparado para todos los pueblos. En palabras de los *Himnos sobre la Cena del Señor* de Wesley:

«Nos ofrece comida y bebida
Alimento imperecedero,
Nos da su Carne como comida
Y nos da a beber su Sangre;
Lo que el Todopoderoso puede
Dar a los pecadores perdonados,
La plenitud de nuestro Dios hecho hombre,
es, con Cristo, recibido aquí por nosotros»²

103. Mientras tanto, como creyentes buscamos realizar en nuestras vidas lo que celebramos en los sacramentos. Así las oraciones del Misal romano piden que los sacramentos recibidos en la Pascua «perseveren para siempre len nues-

² John y Charles Wesley, *Hymns on the Lord's Supper* (1745) n. 81.

tras mentes y corazones!» y que «nos conceda conservar siempre en nuestras vidas y nuestras costumbres la alegría de estas fiestas de Pascua»³.

104. El Bautismo, recibido una vez, y la sagrada comunión, recibida regularmente en las festividades litúrgicas, están en el corazón de la vida de santidad a la que son llamados los fieles. Mientras estos son los dos sacramentos bíblicos reconocidos por la tradición metodista, la tradición católica contempla otras acciones santas de la Iglesia también como sacramentos del Evangelio instituidos por el Salvador; en ellos también la gracia de Dios toca los fieles manteniendo algunos de los hechos y palabras de Jesús de los que el Nuevo Testamento da testimonio.

105. Los Católicos creen que, en la Confirmación, el don del Espíritu confirma lo que se hizo en el bautismo. Los fieles que son conscientes de su pecado y están arrepentidos tienen acceso a Cristo, el sanador y perdonador en el sacramento de reconciliación. Cuando están enfermos, reciben también en la unción el toque de Cristo, el sanador. Cuando se casan, se casan en el Señor, mediante un sacramento de comunión mutua, en el que se les da una imagen de la comunión de todos los santos en Cristo y una promesa de las gracias que necesitan para la fidelidad que se prometen. En el sacramento del Orden, algunos de los creyentes son elegidos y capacitados para actuar por Cristo en la guía espiritual de los fieles mediante la predicación de la Palabra y la administración de los sacramentos. En todos los sacramentos el poder del Espíritu actúa, invitando a los creyentes a una unión más estrecha con su Redentor, para la gloria de Dios Padre.

106. Aunque los Metodistas no reconocen estos ritos como sacramentos del Evangelio, afirman también la presencia activa del Espíritu Santo en la vida de los fieles, la necesidad de arrepentimiento por los pecados, el poder de la oración para la curación, la santidad del matrimonio y la capacitación por el Espíritu Santo de aquéllos que han sido llamados y ordenados para las tareas del ministerio.

107. Católicos y Metodistas reconocen otros «medios de gracia» además de los que han contado como sacramen-

³ Cf. la oración para después de la comunión del segundo domingo de Pascua («*ut paschali perceptio sacramenti continua in nostris mentibus perseveret*») y la colecta del sábado de la séptima semana de Pascua («*ut qui paschalia festa peregrimus haec moribus et vita tenemus*»).

tos. Incluyen la plegaria pública y privada, la lectura de la Escritura, el canto de himnos, el ayuno, y lo que los Metodistas nombran como «conversación cristiana». En la misma categoría se pueden considerar las obras tradicionales de misericordia como visitar a los enfermos y servir a los pobres. Cuando los fieles encuentran la imagen de Cristo en sus prójimos, adquieren y desarrollan un sentimiento de la sacramentalidad inherente a la vida de fe.

SECCION QUINTA: KOINONÍA-COMUNIÓN

I. COMUNIÓN MEDIANTE EL TESTIMONIO APOSTÓLICO

108. El pasaje que inicia la primera carta de san Juan, ya citado para indicar lo que se entiende por revelación (cf. *Introducción*, n. 2), constituye también la declaración más completa de lo que los escritores del Nuevo Testamento comprendieron con la palabra griega *koinonía* (comunión). El comienzo del pasaje describe, en términos conmovedores, el privilegio del que gozaron los Apóstoles del contacto íntimo con el Hijo encarnado de Dios. San Juan quiere poner a nuestro alcance, en nuestra limitada perspectiva humana, algo de la riqueza del amor infinito y dador de vida que el Padre derramó sobre nosotros al enviarnos al Hijo y al Espíritu Santo para nuestra redención y justificación. Se dirigía directamente a aquéllos a los que quería llevar al discipulado de Cristo, a través de los tiempos y en unión con los apóstoles, a una íntima participación en la comunión en el amor de las tres Personas de la Trinidad: «lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 3).

109. Pertenece a la esencia de la Iglesia la participación en esta comunión de amor entre las tres Personas de la Trinidad. La expresión «comunión con nosotros» subraya que nuestra participación personal en este amor es inseparable de nuestra comunión de unos con otros, porque la naturaleza de este amor es tener una relación mutua entre personas

creadas a imagen y semejanza del Dios Trino. El «nosotros» se refiere aquí a los que tienen la responsabilidad de llevar a la existencia la comunidad cristiana visible por la predicación apostólica, que incluye Palabra y Sacramento. La verdadera existencia de la Iglesia como institución visible en este mundo se convierte en manifestación de comunión con las personas de la Trinidad. La *koinonía* es así comunión visible e invisible en amor.

110. Entrar en esta *koinonía* implica recorrer el camino del único al que los Apóstoles oyeron, vieron y tocaron. Significa, para usar otras palabras de la carta de san Juan, que John Wesley no se cansó nunca de repetir en sus sermones, permanecer en Cristo y por tanto en la Trinidad, caminando como Cristo caminó (cf. 1 Jn 2, 6). Significa entrar en la gloria del amor trinitario por el camino del carácter sufriente del misterio pascual. Podemos llegar a ser, por el Espíritu Santo, coherederos de Dios con Cristo dice san Pablo: «ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados» (Rm 8, 17). En otras palabras, el misterio de comunión trinitaria en amor, cuando toca nuestras vidas, cambia nuestro modo de vida en conformidad con Cristo. El cambio puede penetrar cada área de nuestras vidas y, en particular, la práctica del servicio a los otros mediante los cuales Cristo también es visible para nosotros: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40).

II. EXPRESIONES FUNDAMENTALES DE COMUNIÓN EN NUESTRAS IGLESIAS

111. Nuestra vida con el Dios Trino y con los otros se expresa en diferentes concreciones de la comunión en nuestras Iglesias. Hasta cierto punto nuestra vivencia de esta comunión está restringida a las vidas aún separadas de nuestras comunidades católica y metodista. Nuestra meta última es alcanzar la comunión eclesial plena entre nosotros. Como un paso en esta dirección, deberíamos reconocer algunos de los elementos vitales en comunión parcial de la que ya gozamos, aunque definiendo algunas de las diferencias problemáticas sobre las que es necesario trabajar más.

A. Fe

112. Como Católicos y Metodistas vivimos del mismo Evangelio, el mensaje apostólico de la acción salvadora de Dios en Jesucristo, y compartimos la misma fe. Esta fe está arraigada en las Escrituras que son la base común de nuestra predicación y enseñanza como Iglesias cristianas. Está resumida en los credos de la Iglesia primitiva, especialmente el Credo de los Apóstoles y el Credo Niceno, que confesamos regularmente en nuestro culto.

113. Pero compartimos no sólo una raíz o fuente común de nuestra fe; reconocemos en el otro la misma disponibilidad a responder a la proclamación del Evangelio. En el pasado los Metodistas tendieron a ver la fe de los Católicos simplemente como un asentimiento a lo que la Iglesia enseña, mientras que los Católicos pensaron muchas veces que la fe metodista era una convicción personal puramente emotiva. Estos prejuicios han sido superados. La fe es siempre personal pero nunca privada, porque la fe incorpora al creyente individual a la comunidad de fe. Por tanto su fe es una convicción personal y también una participación en lo que es sostenido por la «comunidad de los creyentes». Al mismo tiempo creer en Dios y la salvación que él realizado por nosotros es la respuesta viva de la vida entera del creyente y cambia nuestras vidas en todos los aspectos; es fe personal, viva. Nuestras tradiciones pueden subrayar los aspectos corporativos e individuales de fe de modo diferente pero ambos no son comunes.

114. Aunque estamos de acuerdo sobre la existencia de una fe común entre nosotros (cf. *supra*, sección II, II) surgen problemas cuando pretendemos definir las enseñanzas distintivas que son necesarias para constituir la comunión plena de fe que debería unir a nuestras Iglesias.

115. Los Metodistas han aprendido de John Wesley a discernir, por una parte, entre «opiniones» diferentes sobre maneras de culto, sobre política eclesial o incluso sobre la exposición de algunas verdades escriturísticas y, por otra, las doctrinas esenciales del Evangelio. Las «opiniones» no carecen de ninguna manera de importancia y al menos en la conexión Metodista debería existir el mayor acuerdo posible. Pero para la comunión de fe con otros cristianos la unidad con relación a lo «esencial» es decisiva y no las diferencias de «opiniones». Estas doctrinas esenciales son: el Dios Trino la creación divina del mundo y la vocación de la humanidad a la santidad

y la felicidad; la encarnación y la maravillosa obra del Hijo de Dios, la acción del Espíritu como fuente de toda verdad, renovación y comunión; la necesidad que tiene la humanidad caída de arrepentirse y creer en el Evangelio; la provisión divina de gracia por la palabra y sacramento, y por la institución y reunión de la Iglesia; la llamada a amar a Dios y al prójimo; la promesa del juicio y la victoria finales, cuando todos los redimidos participen en la glorificación y el gozo de Dios para siempre. Los Metodistas no han establecido un canon fijo de lo esencial de la fe cristiana; pero cuando se ha planteado la cuestión de la comunión de fe con otras iglesias, estos elementos determinarán de forma vital las conversaciones.

116. La Iglesia Católica está de acuerdo con los Metodistas sobre estas doctrinas esenciales, pero subraya que la totalidad de la enseñanza de la Iglesia constituye una unidad orgánica. Sus miembros, por tanto, están llamados a creer toda la enseñanza de la Iglesia. Pero dentro del diálogo ecuménico también debe ser siempre respetada la «jerarquía de las verdades» de la doctrina católica; verdades que, aun exigiendo todas el debido asentimiento de fe, no tienen, sin embargo, todas el mismo lugar céntrico en el misterio revelado en Jesucristo, porque están ligadas de modo diverso a lo que es el fundamento de la fe cristiana»⁴. Esto puede ser útil cuando discutimos aquellas doctrinas que son importantes para la enseñanza y espiritualidad de la Iglesia Católica pero que no serán fácilmente aceptadas por los Metodistas, por ejemplo, la enseñanza sobre María en relación con Cristo y la Iglesia. Podremos ocuparnos de temas controvertidos sin ocultar o disminuir lo que ya se ha logrado en una comprensión común del Evangelio a pesar de algunas diferencias que aún permanecen. Estas deberían ser objeto de una mayor investigación.

B. Culto

117. La comunión con Dios y con el otro es vivida y experimentada por la palabra y el sacramento en el culto de la comunidad cristiana. En la alabanza y la oración comparti-

⁴ Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad, *Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre el Ecumenismo* (1993) § 75; cf. *Unitatis Redintegratio* § 11.

mos las maravillosas acciones de Dios así como todo gozo humano y las necesidades que surgen entre nosotros. Escuchar la palabra de Dios nos lleva juntos a una comunidad de los que cuentan con la palabra redentora y creadora de Dios para todas sus necesidades.

118. La vida sacramental de la Iglesia expresa esta comunión con Dios y con el otro de un modo profundo. Los sacramentos son al mismo tiempo signos efectivos de la comunión de Dios con su pueblo y de la del pueblo de Dios unos con otros. Bautismo y Eucaristía, los sacramentos que son comunes a todas las iglesias cristianas muestran esto más claramente. Los que han sido bautizados reciben una participación en la muerte del único Señor Jesucristo y en el poder de su resurrección; al mismo tiempo han sido bautizados en el único cuerpo, el cuerpo de Cristo con sus muchos miembros que sufren y gozan juntos. A la mesa de la Cena del Señor la copa de bendición es una participación en la Sangre de Cristo y el pan que partimos es una participación en el Cuerpo de Cristo, por tanto «nosotros que somos muchos somos un sólo cuerpo porque participamos de un único pan» (1 Cor 10, 16-17). «Discernir el Cuerpo» (1 Cor 11, 29) significa reconocer la realidad de nuestra comunión con Cristo y ser responsables para la sociedad con los hermanos y hermanas en el Señor.

119. Animamos a avanzar la discusión en los niveles señalados dondequiera que el reconocimiento mutuo formal del bautismo entre nuestras iglesias falte todavía. Nos alegra que este reconocimiento haya tenido lugar ya en muchas regiones. Los Metodistas acogen a los Católicos en su celebración de la Cena del Señor, pero tienen que respetar el hecho de que la participación en la comunión aún no está permitida para los Católicos. En algunas circunstancias pastorales los Católicos pueden invitar a los Metodistas a participar en su Eucaristía⁵. El verdadero deseo de muchas gentes de participar en la mesa del Señor con cristianos de otras iglesias es un signo de una sociedad que busca con ansia una comunión plena aún no alcanzada.

⁵ Véase los principios y normas que los obispos católicos aplican en esta materia, en Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad, *Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre el Ecumenismo* (1993) §§ 104-107; 129-131.

120. Católicos y Metodistas están de acuerdo en la provisión de un ministerio ordenado dentro de la comunión de la Iglesia para salvaguardar y fomentar su vida común. Juntos reconocemos que Cristo, el buen Pastor, comparte su cuidado pastoral con otros. Los que han sido llamados a ejercer este cuidado en el ministerio ordenado reciben su responsabilidad particular de él. Han sido elegidos como testigos de la verdad viva del mensaje a ellos confiado, guías de la comunidad que responde al Evangelio que proclaman y provisoros de la vida de culto que debería ser ofrecido en comunión con la totalidad de la Iglesia. La comunión que buscamos establecer entre Católicos y Metodistas encuentra en este punto su obstáculo más visible: no podemos participar en la comunión eucarística porque identificamos de modo diferente los ministros que asumen esta responsabilidad corporativa en el espacio y en tiempo y todo tipo de autoridad a ellos confiada. El progreso hacia la comunión plena depende de los resultados que se puedan lograr del estudio de esta cuestión.

121. Más allá de nuestras diferencias confesamos llenos de gratitud que podemos ver la base común: toda nuestra vida sacramental está arraigada en Jesucristo, «el sacramento primordial» cuya encarnación y muerte es el signo más profundo de la comunión de Dios con todas las angustias y necesidades de la humanidad y cuya vida y resurrección es el modelo y la fuente de poder para nuestro vivir juntos en amor y compasión mutua.

122. El culto cristiano no está constituido sólo por palabra y sacramento sino también por la preocupación mutua de hermanos y hermanas unos por otros y por todos los necesitados. «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo» (Rm 5, 5), y este amor nos vincula y nos capacita para amar al prójimo como a nosotros mismos. Este aspecto de la comunión cristiana ha sido específicamente importante para el movimiento Metodista desde los días de Juan Wesley. Los Metodistas han intentado cumplir esta tarea en pequeños grupos que se reúnen regularmente para la confesión, exhortación, ánimo y oración mutuas. Las formas han cambiado a lo largo de los años; pero el reto de vivir esta dimensión de sociedad cristiana es más urgente que nunca. Nos alegra ver que en nuestras dos iglesias esta tarea ha sido reconocida y se han realizado esfuerzos, a veces conjuntamente, para encontrar la necesidad de este culto en medio de nuestra vida diaria.

C. Misión

123. La comunión cristiana como *koinonía* necesariamente incluye comunión en misión. Es comunión con Dios, que envió a su Hijo a reconciliar al mundo y a su Espíritu a restaurar en los seres humanos la imagen de Dios. La Comunión en misión es al mismo tiempo la sociedad de los que han sido enviados por su Señor resucitado y que han sido capacitados por su Espíritu para dar testimonio del amor y la paz de Dios por el mundo. Nuestra proclamación del amor de Dios incluye testimonio de palabra y obra, predicando y sirviendo, luchando por la justicia y sufriendo con el oprimido. Llamamos la atención sobre lo que ya se ha dicho antes en la Sección Tres.

124. Admitimos ya que en el pasado hemos trabajado muchas veces sin el otro o incluso contra el otro. Esto ha debilitado nuestro testimonio y ha obstaculizado la misión de Dios. Buscamos el perdón de Dios por nuestras faltas y nuestros defectos.

125. Hemos encontrado una considerable convergencia en nuestra comprensión de la misión de la Iglesia en el mundo, de modo que cada vez más Católicos y Metodistas pueden trabajar juntos por aquellos que han sido llamados a servir. Y esperamos que la comunión en la misión fomente nuestra comunión en culto y en fe. Trabajamos y oramos por una creciente comunión entre nuestras iglesias, no porque esta unidad sea un fin en sí misma, haciendo la vida más confortable y fácil para nosotros. Sus metas son «que el mundo crea» (Jn 17, 21) y que «unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Rom 15. 6).

III. LA IGLESIA UNIVERSAL

126. La comunión cristiana es más que la sociedad de los miembros de la misma congregación o la misma comunidad local. La Iglesia de Dios tiene dimensiones universales con relación al espacio y el tiempo. La oración de nuestro Señor por sus discípulos «que todos sean uno» (Jn 17, 11) no significaba sólo llevar la unidad a aquellos discípulos cristianos que vivían juntos en el mismo tiempo. Cuando Jesús oró por «los que creerán en mí por su palabra» (Jn 17, 20) hablaba de la unidad y continuidad de la Iglesia a través de las gene-

raciones. Comunión significa, por tanto, también comunión con la Iglesia de los que nos han precedido en la fe a lo largo de los tiempos.

127. Aunque diferimos en nuestras evaluaciones sobre lo que han sido signos de fidelidad y perseverancia en la historia de la Iglesia, estamos ciertamente de acuerdo en que la fidelidad de Dios ha preservado a su Iglesia a pesar de las faltas, errores y defectos evidentes en su historia.

128. Del mismo modo reconocemos la importancia de una estructura que vincule a las iglesias locales juntas a dar testimonio de la naturaleza global del Evangelio y de la Iglesia universal. Pero tenemos diferentes percepciones sobre la naturaleza y el peso teológico de estas estructuras.

129. La Iglesia Católica se basa en la promesa que cree que se hizo a san Pedro y a los Apóstoles (cf. p. ej., Mt 16, 18) y ha sido cumplida a lo largo de la historia en la sucesión apostólica y el Colegio episcopal junto con su cabeza, el Obispo de Roma como el sucesor de Pedro. La estructura jerárquica de la Iglesia es un medio importante y una garantía dada por la gracia de Dios de preservar la continuidad y universalidad de la Iglesia Católica.

130. Las Iglesias metodistas ven la continuidad de la tradición apostólica preservada por la fidelidad a la enseñanza apostólica. El ministerio magisterial que decide lo que es fiel y lo que no lo es se encuentra en manos de los cuerpos conciliares, las Conferencias. Todas las Iglesias metodistas reconocen la necesidad de un ministerio de «*episkopé*» vigilancia, y en muchas iglesias Metodistas éste se expresa en el ministerio del obispo (cf. *Hacia una Declaración sobre la Iglesia*, §§ 31-34). Las iglesias locales están vinculadas por estructuras de conexión que tienen que ser intermediarias entre las necesidades de las iglesias locales y la de la Iglesia como un todo. Los Metodistas anticipan que una mayor unidad y una comunión creciente entre iglesias de diferentes tradiciones pueden ser llevadas a cabo por estructuras conciliares nuevas. Obviamente Católicos y Metodistas comparten un interés común con respecto a la Iglesia universal como expresión de comunión en Cristo. Pero difieren ampliamente en sus creencias sobre los medios que Dios ha dado para alcanzar o preservar esta meta. Estas diferencias pueden ser los mayores obstáculos en el camino hacia la comunión plena.

CONCLUSIÓN

131. La Comisión Mixta de la Iglesia Católica y el Consejo Metodista Mundial existe desde hace ya 30 años. Su trabajo ha pasado al menos por dos generaciones. La primera necesidad fue la exculpación mutua; y durante más de una década, la Comisión se ocupó de esto mediante la introducción y la discusión preliminar de los temas doctrinales, éticos y pastorales que deberían ser afrontados en un escenario ecuménico más amplio. Se ha desarrollado una segunda etapa desde que se realizó el intento de esbozar perspectivas teológicas, aceptables por Católicos y Metodistas, en las que sería eventualmente posible tratar las materias que nos dividen. La Comisión cree que se ha establecido una considerable conjunción de puntos de vista en las áreas de *Pneumatología* (1981, Relación), *Eclesiología* (1986, Relación), la *Tradición apostólica* (1991, Relación) y ahora *Revelación y Fe* (1996, Relación).

132. Puede haber llegado el momento de centrarse, en las direcciones así mostradas, sobre algunas de estas cuestiones más detalladas que de modo recurrente han causado dificultad entre nosotros. En particular, se consagrará un estudio futuro a los referidos temas de la autoridad doctrinal y pastoral, los ministerios de vigilancia en la Iglesia y su sucesión en ellos, y el ofrecimiento hecho por Roma de un ministerio petrino al servicio de la unión y la comunión. Deberíamos estar animados a proseguir, más inmediatamente y a un nivel más profundo la comprensión que tenemos de nosotros mismos y de nuestros interlocutores con respecto a la única Iglesia de Jesucristo y a la comunión que corresponde al cuerpo de Cristo.